

CAI 188-5238 ar

JUSTICIA ES JUICIO DE DIOS.

Drama en cuatro actos
y en prosa

POR

D. MARIANO PONZANO Y PORTANELL.

A su amigo D. Jaime Ortega



ZARAGOZA

Imprenta de Antonio Gallifa.

1846,

БИБЛІОТЕКА
ІМ. І. І. ДІОГЕНІСА

Імператорської Академії Наук

Імператорської Академії Наук



Імператорська
Академія Наук
Імператорській
Бібліотекі

PERSONAJES.

D. Guillen, Sr. de Loarre.

D. Nuño, amante de Doña Elvira.

El Rey D. Ramiro.

Gimeno, Escudero de D. Guillen.

Fortun.

Lizana.

Íñigo.

Gonzalo.

Doña Elvira de Vidaura.

Blanca.

Inés.

Caballeros, Reyes de armas y guardias.

} *Ricos homes.*

} *Donas.*



ACTO PRIMERO.

LA CITA

CASTILLO DE D. GUILLEN.

Salon gótico alumbrado por una lámpara de cobre.—Ventana practicable al frente.—A la izquierda puerta principal, á la derecha dos puertas que conducen á las habitaciones.—Una mesa cubierta en el centro y sillón, en el que se encuentra sentada Elvira en situación angustiosa. Inés cierra la ventana despues de haber reconocido el campo.

ESCENA PRIMERA.

Inés, Elvira.

INES. ¡Muy oscura está la noche! No es fácil que nadie le pueda conocer.

ELVIRA. Y sin embargo, Inés, cuanto mas se acerca la hora, mas crece mi angustia y sobresalto.

INES. ¿Y qué remedio había Señora? querriais veros sacrificada á las miras inícuas de D. Guillen?

ELVIRA. Todo hubiera sido mejor que comprometer la vida de D. Nuño.

INES. Yo no veo tal compromiso. D. Guillen ha salido esta mañana para una de sus acostumbradas cacerías, en las cuales emplea siempre de cuatro á cinco días. Su escudero favorito está tan de parte nuestra, que él mismo se ha encargado de facilitar la entrada á D. Nuño por una poterna de la cual él solo tiene conocimiento. Nada hay pues que temer.

ELVIRA. Y si por casualidad volviese esta noche D. Guillen ¿qué será de nosotras?

INES. Aun dado ese caso, qué no es fácil, como el puente está ya levantado, mientras se abria á D. Guillen, sobraba tiempo para poner en salvo á D. Nuño.

ELVIRA. Tú lo hallas todo muy llano, pero yo tiemblo; porque si D. Guillen, no digo supiera, sino que sospechara nuestro proyecto, sería terrible en su venganza. No ignoras que desde que D. Nuño le pidió mi mano, á él le aborrece de muerte y á mí me martiriza sin tregua.

INES. Y qué consigue? lo que todos los tiranos. No hay una sola persona en toda la familia que no le deteste, al paso que todas estan dispuestas á salvaros aun á riesgo de su vida.

ELVIRA. Les agradezco en el alma su afecto y quisiera poder recompensárseles un dia; pero ¿qué puede hacer en su favor una infeliz huérfana sin mas protección ni apoyo que su mismo opresor? solo arrastrarlos en su desgracia. (sobresaltada) Inés, se oyen pasos.....! alguien se acerca!

INES. Tranquilízaos, Señora; será Blanca: ve-

ré....(vá hacia la puerta.)

ELVIRA. Ah, no! no te apartes de milado; tengo tanto miedo!

ESCENA II.

Dichos, Gimeno.

GIMENO, (entrando.) Perdonadme, Señora, si me atrevo á entrar sin vuuestro permiso; en las circunstancias en que nos encontramos no he creido oportuno anunciararme, y como van á dar las diez, necesitaba saber siestais dispuesta para recibir á D. Nuño.

ELVIRA. Fiando de vos misalvacion, estais dispensado por esta vez; pero decidme, Gimeno ¿teneis seguridad de que no seremos sorprendidos?

GIMENO. Muy completa, Señora. D. Guillen no vendrá tan pronto á su castilló de Loarre: le alejan de aqui motivos mas poderosos que la caza: ya conoceis su ambicion, y los asuntos de la corte le tendrán á esta hora muy ocupado en Huesca. Gracias á mi prevision no se dará el golpe en vago. Con pretesto de la ausencia del Señor he suprimido la fonda del castillo y disminuido las centinelas: tambien he sido un poco pródigo con el vino y la cecina, y lejos de espiarnos los criados, se darán por muy contentos de que no les estorbemos.

ELVIRA. Si Dios nos saca con felicidad, contad con mi reconocimiento.

GIMENO. No pretendo mas que la honra de en-

trar á vuestro servicio; porque en verdad que si los que me envidian la suerte de ser mas bien el amigo que el escudero de D. Guillen, conociesen mi verdadera posicion, me compadecerian; pues esa predilección no me proporciona mas que terribles compromisos.

ELVIRA. Lo creo, Gimeno; porque la cama del malo lacera las carnes, y su pan llena la boca de arena. (*se oyen las diez.*)

GIMENO, (con intencion). Señora es la hora, buen ánimo y confiad en Dios (*váse*).

ELVIRA. Sí, y solo en Dios: él que vé mi cuita, y que no es la liviandad la que me impulsa á dar este arriesgado paso, tenga compasion de mi. ¡Padres de mi corazon! ya que no tuve la ventura de precederos al sepulcro, y que me dejasteis huérfana y entregada en manos del hombre peor entre los malos, velad por vuestra desgraciada hija!

INES. Señora, cesad en affligiros; tal vez esta noche terminarán vuestras desgracias.

ELVIRA. ¡Ah, Inés, el Cielo te oiga! pero mucho temo que mi desventura no tenga fin sino con mi muerte.

INES. Esa desconfianza aumenta vuestros padecimientos... Ya vienen..... Con vuestro permiso.

ELVIRA. Inés, á mi lado. Mi virtud no teme, pero mi altivez se ofende de tu retirada: mi intencion es muy pura.

INES. Perdonad.

9
ESCENA III.

D. Nuño, Elvira, Inés.



Nuño. ¡Mi amada Elvira! cuanto he ansiado este momento (*la besa la mano*).

Elvira. Lo creo, mi Nuño: alzad; sentaos (*se sienta Elvira*)

Nuño. Que me siente, Elvira! no os comprendo. Esa calma y la tristeza que manifiestais al verme me hacen estremecer. ¿No me amarias ya, por mi desgracia? Elvira, habrás cambiado de parecer?

Elvira. Ingrato! si no os amara, no hubiera con sentido en recibiros tan á riesgo de mi honor, y cercada de tantos peligros.

Nuño. Pues bien, no perdamos un momento: á cien pasos de aqui nos esperan mis criados con buenos caballos; al amanecer estaremos ya fuera de las tierras de D. Guillen y mañana en casa de mi tia, que os espera con los brazos abiertos, y con todo dispuesto para nuestro matrimonio.

Elvira. Y solo los criados nos esperan? ¡Ah, todo se ha perdido! imposible.

Nuño. Que decís, Elvira?

Elvira. Si consentí en mi fuga fué porque esperaba ver á vuestro lado un sacerdote, y salir de aqui, no como la querida, sino como la esposa de D. Nuño, y aun asi os lo envié á decir.

Nuño. Es verdad; ¡pero quién queríais que se atreviera á entrar en esta mansión del crimen

sin temer por su vida? solo vuestra amante. Ved que estais despedazando mi corazon con esa desconfianza, que nos agravia á los dos.

ELVIRA. Nada temo de vos ni de mi; pero á ese mundo, tan injusto á las veces como inexorable en sus fallos, ¿quién puede taparle la boca? Me escupiria en la frente, y á vos os llenaria de oprobio por haberos enlazado con una muger, que no habia dudado abandonar su casa entregándose libremente en vuestros brazos, sola, y á deshora de la noche.

NUÑO. ¿Y qué me importa del mundo cuando mi conciencia no me reconviene? desprecio su censura. Marchemos, Elvira; no perdamos tiempo; la situacion es critica, los momentos preciosos, y acaso no tenga vuestra amante otra ocasion de libertaros.

ELVIRA. Lo veo, D. Nuño, y sin embargo es imposible: mi honor me lo prohíbe: marchad vos; si, pronto. Cada minuto que pasa me hace temblar por vuestra vida.

NUÑO. ¿Y qué me importa perder la vida si os pierdo á vos? Que venga ese tigre sediento de sangre humana: Nuño no le teme sino por su Elvira; aquí le espero; no me apartaré de vuestro lado y los lo juro! ya que rechazais esta mano salvadora, no podreis impedirme que muera á vuestros pies.

ELVIRA. No, mi Nuño, por piedad! salvaos: no sabéis cuan preciosa es vuestra vida para mí, cuando tan temerariamente la quereis esponer. Marchad, oslo suplico por nuestro amor: Querríais verme morir?

NUÑO. ¡Nuestro amor! Ah, no le profaneis: no inflama vuestra corazon esa noble y sublime pa-

sion! Si me amaseis, no os sacrificariais á ridículas preocupaciones.

ELVIRA. ¡Cuán injusto sois, D. Nuño!

INES. Señora, ved que nos perdemos todos.

ELVIRA. Pues bien; toda vez que te has comprometido por mí, marcha con D. Nuño; yo te recomiendo á su piedad.

INES. Pero ¿y vuestra vida y vuestro honor, quedando sola con D. Guillen?

ELVIRA. Nada temais por mi honor; porque ésta debil muger sabrá rechazar sus criminales intentos haciendo á Dios el sacrificio de su vida.

NUÑO. ¡Inocente! ¡y creéis que un hombre tan perverso como D. Guillen, que juega con el puñal y el veneno, no encontrará medios para burlar ese triste, ese horroroso recurso?

ELVIRA. Nuño, vuestras palabras me destrozan el corazon.

NUÑO. Pues bien, Elvira; yo he venido á salvaros; estoy resuelto, y á pesar de vuestra resistencia os sacaré de esta mansión infernal. (la toma del brazo) Marchémos.

ESCENA IV.

Dichos, D. Guillen saliendo detrás de un tapiz.

GUILLEN. Eso, caballero, es mas facil de decir que de llevar á cabo.

ELVIRA. ¡Ah! (cae desmayada en el sillón.)

NUÑO. ¡Maldicion! (Inés y D. Nuño socorren á Doña Elvira.)

GUILLEN. ¡D. Nuño! retirad; tiene su doncella. (toca una campanilla.)

NUÑO. ¡Desgraciada! tu virtud te ha perdido!

GUILLEN. Añadid «de lo que me pesa»; pero no os apureis, se recobrará pronto, el desmayo es el recurso de las mugeres cuando se las sorprende en un mal lance.

NUÑO. Reportaos, D. Guillen.

GUILLEN. Oiga! cualquiera creeria al escucharnos que no tengo razon; pero ¿nó me hareis el favor de decirme, si se puede pensar muy piadosamente de una dama que introduce á su galan ocultamente y á deshora de la noche, y se les encuentra, asi... mano á mano, y en santa conversacion?

NUÑO. Nada que pueda ofender su virtud.

GUILLEN. Lo creo. (sale Blanca y entre lasdos se llevan á Elvira) Llevad á Doña Elvira á su aposento, y no os separeis de su lado hasta recibir mis órdenes.

NUÑO. ¡Infeliz! D. Guillen, tened cuenta con lo que haceis; porque, si Doña Elvira sufre ni aun la mas pequena reconvencion, habreis de darme la satisfaccion mas cumplida.

GUILLEN. ¿Sabeis, D. Nuño, que sois el caballero mas atrevido de la comarca? Os niego la mano de Doña Elvira, porque está en mi derecho el hacerlo, y os entrais en mi castillo á deshora de la noche, y á guisa de ladron para robarla: os lo impide mi presencia; y lejos de ruborizarnos, me quereis imponer leyes. Confesad que andais muy imprudente.

NUÑO. No tanto como suponeis. Doña Elvira no depende ya de vos, ni ha debido depender nunca sino por la opresion, la violencia y los viles amanos: puede disponer de su mano, y tiene voluntad de honrarme con ella; y al aceptarla

me he constituido, á fuer de caballero, en la obligacion de defenderla, y de arrancarla á todo trance de vuestro poder para librarla de los martirios que hace tanto tiempo la haceis sufrir, por que no se ajusta á vuestros criminales deseos.

GUILLEN. Veo que no sois tan franco como osa do. Confesad que no la caballerosidad, ni el amor á Doña Elvira os han hecho acometer empresa tan temeraria como escandalosa, sino la idea halagüeña de entrar en posesion de sus riquezas.

NUÑO. A ese nuevo insulto, no contesta D. Nuño sino con la espada.

GUILLEN. Temerario! osáis desafiarme? ¿Sabéis que mi espada vale mas que la vuestra? Pero os perdono, estais acalorado, y en verdad que tenéis razon, porque estais haciendo una mala figura.

NUÑO. D. Guillen, estais insolente en demasía: una palabra mas, y no respeto lugar ni circunstancias.

GUILLEN. Tendriais que asesinarme; porque os repito que no quiero batirme con vos. Os aseguro que soy mas diestro, tengo mas razon, no menos voluntad de pegaros una estocada, y me sobra mucho valor para ello; pero una fatal casualidad podia daros alguna ventaja sobre mi, y hacerme morder el polvo: por de pronto tendriais que huir; mas como el tiempo todo lo borra, al fin serias esposo de Doña Elvira y os gozariais en mi muerte. No, caballero, no; yo no aventuro mi vida cuando tengo algun negocio pendiente; porque soy mas previsor que vos.

NUÑO. Me escandalizo de oiros calcular vuestras
víctimas con la sangre fria de un bandido; pe-
ro os juro por la fe de caballero que no hemos
de salir los dos vivos de esta sala. Defendeos.

GUILLEN. Fueras mengua... sois muy joven.

NUÑO. No, no es que sea joven. Adivino vues-
tro proyecto ¡cobardes!... —Elvira! tambien tu
padre fué muerto cerca de este Alcázar. Pre-
gúntale á D. Guillen por el asesino. (le arroja
el guante á la cara.)

GUILLEN. Miserable, has pronunciado tu senten-
cia. (pega una palmada sobre la mesa y se echan
sobre D. Nuño los criados de D. Guillen que lo
sujetan.)

NUÑO. ¡Elvira! no siento la muerte que me es-
pera, sino el no haberte vengado!

GUILLEN. Y esperais bien, caballero: no podeis
ignorar nuestros fueros y vuestro crimen; pues
bien, preparaos á morir: mañana sereis colgado
de una almena de mi castillo.

NUÑO. Si, moriré sin duda; pero no triunfareis
de Elvira, ni mi muerte quedara sin venganza.

GUILLEN. Despues que hayais partido para el otro
mundo, yo me las avendré con vuestros deu-
dos; y en cuanto á vuestra constante Elvira,
creedme, no os vestirá luto por mucho tiempo.
Llevadle.

NUÑO. Temed el castigo del cielo (se lo llevan).

GUILLEN. Alza ese guante, Gimeno; te pertenece
á ti. Estoy satisfecho de tu discrección.

GIMENO. Ya sabeis mi esactitud en vuestro ser-
vicio.

GUILLEN. Tambien sabes que no soy mezquino
en la recompensa. (Le alarga un bolsillo.)

GIMENO. Gracias.

GUILLEN. ¿Se encuentran bien asegurados los dos criados de D. Nuño?

GIMENO. Yo respondo de ellos.

GUILLEN. Bueno. Llama á Doña Elvira y espera mis órdenes cerca de aquí (vase Gimeno.) ¡Pobre doncel! has dado en la celada cual yo te había menester ¡Oh! y tiene corazon: á otro menos diestro que yo le hubiera puesto en un compromiso. Echarme en cara la muerte de Vidaura! Ah, D. Nuño, D. Nuño! se os haido m'del seguro la lengua; pues bien, contáos con los muertos si Doña Elvira no se acomoda á modarme su mano.

ESCENA V.

D. Guillen, Elvira.

ELVIRA. Creí que no tendriais la crueidad de incomodarme en el estado en que me encuentro.

GUILLEN. En las circunstancias en que os habeis colocado creí deberos un consejo, y como sabéis que nunca me ha permitido la entrada en vuestro aposento....

ELVIRA. Decidmas bien que jamas os la he concedido. Pero ¿qué ha sido de D. Nuño? ¿Dónde está? ¿Qué habeis hecho de él?

GUILLEN. Tranquilizaos: sin embargo de que ha heis dado un paso tan imprudente y escandaloso, el qual á vos os ha quitado la estimacion yá él le puede costar la cabeza, por ahora solo he mandado asegurarle.

ELVIRA. Y seriais capaz...?

GUILLEN. No os altereis: he dicho que puede...
ELVIRA. Pero no lo hareis, ¿es verdad?

GUILLEN. No me atreveria á asegurároslo. El delito es horrible: introducirse en mi casa armado y furtivamente, querer arrancaros á la fuerza de vuestro único asilo; desafiarme y, porque tengo compasion de su juventud é impericia, tratar de asesinarme. Oh! esto es horroroso, im-
perdonable!

ELVIRA. ¡Dios mio, qué impostura!

GUILLEN. Tal vez; pero que la estaban viendo mu-
chos testigos detras de esos tapices.

ELVIRA. ¡Testigos! Decid mas bien villanos com-
prados para nuestra perdicion. Todo ha sido
un amaño vuestro para sacrificar á dos inocen-
tes.

GUILLEN. Espero, Doña Elvira, que sea este el úl-
timoo insulto que me prodigueis. Andais muy
desaconsejada: tengo la razon y la fuerza para
acabar de una vez con vuestro amante, solo la
voluntad está un poco dudosa. ¡y queréis deci-
dirla en su perjuicio? Pues bien; sea.

ELVIRA. ¡Ah, no; por piedad! sed generoso una
vez.

GUILLEN. Alzad, Elvira: en vos consiste.

ELVIRA. Pues bien; dadle libertad, y os prometo
renunciar su mano, cederos todos mis bienes,
y encerrarme en un claustro por toda mi vida.

GUILLEN. No pretendo tanto. Encerrarse en un
claustro por despecho es cosa terrible; y en
cuanto á bienes me bastan los míos. Pero
creedme, Elvira, un esposo amable y condes-
cendiente puede borrar muy bien con el tiem-
po los indiscretos amoríos primeros.

ELVIRA. Os comprendo; ¡Perdóname, mi Nuño,

si causo tu muerte. ¡Nunca, D. Guillen, nunca!

GUILLEN. Tan resuelta estais?

ELVIRA. Primero sufriera mil muertes.

GUILLEN. Y vuestro D. Nuño?

ELVIRA. ¡Ah! quereis atemorizarme? Moriria desesperado si me conociese perjura. No, jamás!

GUILLEN. (ap. Cambiemos de estilo.) ¿Y me creeríais capaz de la bajeza de abusar de vuestra posición? ¡No tengo una espada? Me faltan por ventura valor y razon para desbaratar para siempre vuestros planes?

ELVIRA. Pues bien, ponedle en libertad y os cumpliré lo prometido.

GUILLEN. Soy mas generoso: no exijo tantos sacrificios. Será; pero con la condicion de que ha de prometer bajo su palabra de honor no turbar en lo sucesivo la tranquilidad de mi casa.

ELVIRA. Gracias; pero hacedme un favor.

GUILLEN. Todavía mas, Elvira?

ELVIRA. Permitidme que le vea yo partir.

GUILLEN. Concedido.—*Gimeno?*

GIMENO. Señor.

GUILLEN. Escribe...—«D. Nuño, desprecio vuestros insultos y compadezco vuestros crímenes. Todo os lo perdono por Elvira y por quien soy; pero prometedme bajo vuestra palabra de honor no turbar mas mi reposo, ni poner los pies en mis tierras. Marchad en el momento que os entreguen vuestras armas y caballo, y no me repliqueis, porque pudiera arrepentirme de su generosidad.—*D. Guillen.*»—Estais contenta?

ELVIRA. Si Señor.

GUILLEN. Retiraos á descansar. (*la acompaña hasta la puerta y vuelve á la escena.*)

ESCENA VI.

D. Guillen, Gimeno.

GUILLEN. ¿Qué te parece, Gimeno?
GIMENO. Que habeis andado demasiado gene-
roso.

GUILLEN. No tanto como piensas. ¡Qué reso-
lucion y qué malicia tiene la niña! proponer-
me encerrarse en un convento y cederme sus
bienes para luego que se hubiera visto fuera de
mi poder alegar la violencia y burlarse de mí.
No, señores; se las han VV. con D. Guillen...

Está cerrado?

GIMENO. Si señor.

GUILLEN. Ahora harás público su contenido en-
tre toda la familia y comentarás el hecho de es-
ta noche como nos conviene. Dentro de una
hora harás que se dé libertad a D. Nuño y pa-
sadas dos á sus criados.

GIMENO. Muy bien.

GUILLEN. Espera: ahora tomarás los dos hombres
de tu confianza, te apostarás en el camino por
donde ha de pasar D. Nuño, y probaras en su
pecho la hoja de tu daga.

GIMENO. (para si). Un asesinato!

GUILLÉN. (eogiéndole el brazo y con intención) Du-
das, Gimeno?

GIMENO. Yo, señor... no.

GUILLÉN. Gimeno! bien cumplido, oro; mal, ca-
beza por cabeza. A Dios. (señalándole la puerta.
—Vase Gimeno). Al amanecer; D. Nuño en la
otra vida; luego yo me compondré con Elvira.



des
-se
-en
-en
-en
-en

ACTO SEGUNDO.

LA JUNTA.

EL MISMO SALON.

Blanca é Inés entran observando cada una por la puer-
ta opuesta.

ESCENA PRIMERA.

Inés, Blanca.

BLANCA. ¿Has indagado alguna cosa?

INES. Nada, Blanca y tú?

BLANCA. Tampoco; qué noche tan horrorosa!

INES. ¡Pobre Doña Elvira! Qué será de ella?

BLANCA. ¡Ah Inés! por qué la dejaste sola?

INES. ¿Y qué había de hacer si me mandó D.

Guillen en tono amenazador que me retirase á
mi estancia, previniéndome que yano pertene-
cia al servicio de la Señora, y diciéndome pa-

labras tan afrentosas que no sé como no cai
muerta á sus pies?

BLANCA. Malvado! y á mi me ordenó lo mismo
diciéndome, que toda vez que tú eras la que
gozabas de la confianza de Doña Elvira y es-
tando esta algo delicada, debias pasar la no-
che en su compañía.

INES. Pues; así nos ha alejado á las dos de su
lado. Blanca, siempre hemos sido amigas: ¿es
verdad?

BLANCA. ¿Y porque dudarlo?

INES. No es que lo dude, quiero decirte que
ahora mas que nunca debemos estar muy
unidas, y trabajar sin temor ni tregua pa-
ra averiguar endonde han encerrado á la Se-
ñora.

BLANCA. Y yo te lo prometo; pero ¿qué po-
dremos hacer dos infelices mugeres sin apo-
yo, y en una casa endonde no se ven sino ro-
stros tan feos que dá miedo mirarlos? Ninguno
tiéne cara de hombre de bien.

INES. Y sin embargo tú puedes hacer mucho.
Tu hermano es el favorito de D. Guillen y su
instrumento para todo: ademas no queda
duda de que él fue quién dirigió la intriga
de anoche para perdernos á todos; pues
bien; él sabe, á no dudarlo, donde se halla Do-
ña Elvira.

BLANCA. ¡Desgraciada de mí! Tu ignoras que D.
Guillen ha pervertido á mi hermano hasta el
punto de hacerle perder los sentimientos natu-
rales. Hace ya mucho tiempo que Gimeno no
ve en mí á su hermana; es reservado y se
avergüenza de que yo comprenda, y le eche
en cara su criminal condescendencia. En una

palabra, me mira como á un estorbo, como á su fiscal. Creeme, Inés, tú tienes mas ascendiente sobre su corazon.

INES. Eso es imposible.

BLANCA. No, Inés; yo sé que te ama, aunque su conciencia, demasiado manchada por desgracia, le ha impedido manifestártelo.

INES. ¡Ah! no me lo digas por favor! te amo como á una hermaná; pero detesto á Gimeno; me parece ver su mano armada siempre del puñal del asesino.

BLANCA. No me ofendo; porque sé que no pueden hermanarse jamás la virtud y el vicio; sin embargo unámonos en este momento, como tú has dicho, para salvar á Doña Elvira.

INES. Eso, si; de todo mi corazon. ¡Pobre Señora, tan buena como desgraciada!

BLANCA. Pues bien. Inés, yo me valdré del poco ascendiente de hermaná, y tú mírale con buenos ojos. Esta ficcion no es un delito, y acaso nuestros esfuerzos no sean inútiles para arrancarle el secreto.

INES. Yo te lo prometo; pero me cuesta tanto fingir! (*se oye abrir una puerta inmediata*) Vienen gente: huyamos (*vanse*).

ESCENA II.

D. Guillen, poco despues Gimeno.

D. GUILLEN. Mucho tarda Gimeno. ¡Qué impaciente estoy hasta saber si ha salido bien del lance! Oh! de lo contrario habria mañana tres hombres menos en el mundo!

GIMENO, (*por la puerta secreta*). Señor?

GUILLEN. Adelante, Gimeno. ¿Y bien?

GIMENO. Ha debido morir.

GUILLEN. Cómo es eso? con suposiciones me venís ahora? De algun tiempo á esta parte noto que mis órdenes se ejecutan á medias, y visto á S. Millan que como llegue á sospechar la menor falsia he de hacer rodar tu cabeza.

GIMENO. Señor, dignaos oírme.

GUILLEN. Breve y con verdad.

GIMENO. Nos apostamos á la entrada del bosque y á orillas del camino. Llega D. Nuño y de un golpe de lanza dobla el caballo las rodillas: inmediatamente nos lanzamos sobre el ginete daga en mano, quien al primer golpe grita *¡asesinos!..* y al mismo tiempo oímos un trópel de caballos que se acerca á nosotros: fue forzoso abandonarle e internarnos en el bosque, hasta que pasado todo rumor volvimos al sitio, y ya no hallamos mas que el caballo.

GUILLEN. Y eso es todo? Oh rabia! Ni aun la seguridad de que es muerto? de qué me han servido mis precauciones?

GIMENO. Pero, Señor, de que es muerto no hay duda; las dagas no estuvieron ociosas.

GUILLEN. Y aunque eso sea; no es lo mismo que haberle dejado desnudo y con la carta á su mediacion, porque entonces todos hubieran creido de buena fé qué había sido víctima de algunos salteadores; y no hubiera recaido sospecha alguna sobre mí. Sois muy tórrpe, señor Gimeno, cuando quereis: pero como el resultado me sea funesto.... ¡Tiembla!

GIMENO. Hareis lo que gusteis, pero os repito que no se pudo hacer mas.

GUILLEN. Basta. Todos los infanzones de la comarca estarán aquí al momento: mucha vigilancia para que nada se trasluzca, y avisarme en el momento que lleguen. Seamos políticos (vase.)

GIMENO. Yo me hallo perdido sin remedio. ¡Qué hombre tan perverso! Insensiblemente me ha hundido en el crimen y al fin me hará perecer.

Aun cuando no estuviera convencido de lo que es capaz, no me podían dejar duda sus expresiones.

ESCENA III.

Blanca, Inés y Gimeno.



GIMENO (aparte). Blanca é Inés; afectemos serenidad.—Buen dia, Señoras. ¿Cómo tan madrugadoras?

BLANCA. No madruga el que no se acuesta.

GIMENO. Cómo así?

INES. ¡Y sois vos quien lo pregunta! Has visto, Blanca, un disimulo mas necio que el de tu hermano?

GIMENO. Por Dios que no os comprendo.

BLANCA. No, Gimeno? pues nosotras te haremos comprender.

GIMENO. Silencio, Blanca; mirad que en esta casa las paredes oyen.

INES. No: las paredes nunca oyeron: los espías

y los traidores como vos, si. Negad que me aletasteis para poner en ejecucion los medios de salvar á mi Señora, y que disteis luego cuenta á D. Guillen para que abortase el plan, y nos hundiésemos todos en la desgracia.

GIMENO. Os aseguro que no; solo la suspicacia de D. Guillen dió al traste con el proyecto.

BLANCA. Mientes, Gimeno; porque á ser asi, conozco, á D. Guillen, no hubieras visto hoy nacer el sol. Me avergüenzo de que seas mi hermano, infeliz! Siquiera hiciesas el mal por tu propio provecho, y no que eres el despreciable instrumento de un malvado. Vergonzosa recompensa es la tuya, desgraciado; unos cuantos escudos arrojados con vilipendio como á un verdugo.

GIMENO. Calla, Blanca; calla!!!

BLANCA. No, no callaré. ¿Pensais por ventura que os tenemos miedo? te engañas. Di á donde habeis llevado á Doña Elvira.

GIMENO. Mira que todos nos perdemos.

INES. Ni aun en eso decís verdad; porque vos ya lo estais, lo está mi Señora, y lo estoy yo, pues huérfana como ella, no tenia mas amparo que el suyo, y me le habeis quitado.

BLANCA. Lo oyes, Gimeno? y no te remuerde la conciencia? y nada harias por tu hermana? nada por la dama que dijistes amabas algun dia?

GIMENO. Si... tal vez.... pero.... (*la retira á un lado*) Blanca, hace tiempo que mi cabeza no está segura sobre mis hombros. ¿Querrias verla rodar?

BLANCA. ¿Y piensas, desgraciado, que norodará de todos modos si continúas siendo el ciego ins-

strumento de D. Guillen? No conoces, desdichado, que en el momento en que no te necesite se deshará del testigo y cómplice de sus crímenes? Y antes que llegue ese caso ¡no temas que te la haga caer de los hombros ¡me horrorizo! el hacha del verdugo?

GIMENO. Blanca, ¡ah! no me lo digas por piedad!!

BLANCA. Pues bien, Gimeno, salva á Doña Elvira y habras dado un gran paso para salir del cieno del oprobio en donde te has hundido.

INES. Hacedlo por vos mismo; aun es tiempo.

Una buena accion puede borrar muchas malas.

GIMENO. Imposible, marchad; salid de aqui: si nos viera D. Guillen, éramos perdidos.

INES. ¡Habeis tenido tanto valor para hacer el mal, y sois tan cobarde para el bien!

BLANCA. No lo esperes, no nos falta valor: estamos resueltas á perecer: guianos á donde está Doña Elvira.

GIMENO. Blanca, no puedo: he avanzado demasiado por mi desgracia; ¡Es imposible retroceder! ¿Ves esta mano?

BLANCA. ¡Qué!

INES. Acaba.

GIMENO. D. Guillen (se oyen pasos: *huyen las dos.*)

ESCENA IV.

Fortun, Íñigo, Lizana y otros nobles.

Entre ellos: Guillen; que se dirige a Fortun.

LIZANA. Guarde Dios al escudero.

GIMENO. Señores, besoos la mano; tomad asien-

to, si os place, mientras aviso á mi Señor de
vuestra llegada. (vase).

ÍÑIGO. Nos hareis placer en ello.

FORTUN. Se conoce que el escudero aborrece la
soledad; cásptita y que par de tales tan esbel-
tos salian á pasó precipitado!

ÍÑIGO. Apostaría que dariais por bien empleada
la mala noche por verlas la cara, segun lo que
os han llamado da atención por la espalda.

FORTUN. Tal vez sí: porque requiebrosá las her-
mosas y cuchilladas á los moros hacen el en-
canto de veinte y cuatro años.

ÍÑIGO. Aun os habeis dejado una cosa.

FORTUN. Cuál?

ÍÑIGO. Un vino de seis años y un jamon gallego.

LIZANA. Mi racion de esto último y os cedo las
bellas.

FORTUN. Ah Lizana, Lizana! no nos las cede-
riais si tuvieseis veinte años menos; pero ha-
nevado mucho sobre vuestra cabeza y es una
necesidad tocar á retirada.

LIZANA. Os confieso que tambien he sido jóven,
y en el libro de la vida todo tenemos nuestros
borroncitos.

ESCENA V.

Los mismos y D. Guillen.

VI

D. GUILLEN. Bien venidos caballeros.

LIZANA. Bien hallado, D. Guillen ¿cómo está
Doña Elvira?

GUILLEN. Siento que no pueda recibir hoy vues-
trás atenciones por hallarse algo indispuesta.

FORTUN. Lo sentimos en verdad.
GUILLEN.. Diligentes habeis sido.

ÍÑIGO. Exactos cual caballeros en asuntos de
importancia.

GUILLEN. Sentémonos si os place. (mira en torno)
Advierto, Señores, que faltan algunos de los
convocados.

LIZANA. Es verdad; pero son tan amigos nues-
tros que no se apartarán de nuestro parecer;
ademas que el tiempo urge y la mas pequeña
demora podria sernos perjudicial.

ÍÑIGO. Dice bien Lizana.

GUILLEN. Pues en ese caso, Señores, permitid-
me que os recuerde que somos aragoneses,
y fuera mengua nuestra que se ciñesen la co-
rona de Aragón ni el de Castilla, ni el de
Navarra.

FORTUN. ¡Oh! si lo intentasen tendrían que pe-
lear hasta que se hiciese astillas la última de
nuestras lanzas!

LIZANA. Bien, señor Fortun: por San Jorge que
sois un escelente caballero.

GUILLEN. Ahora bien, quedan con derecho
á la corona el de Atares y D. Ramiro el
Monge.

ÍÑIGO. Pues en ese caso no es dudosa la elec-
cion; porque siendo D. Ramiro sacerdote está
imposibilitado.

LIZANA. Parece incontestable el derecho de
Atares.

FORTUN. Yo asi lo entiendo.

GUILLEN. Pues alzadte Rey, señores; pero os ad-
vierto que os arrepentireis muy pronto de
vuestra elección.

LIZANA. No comprendemos la causa.

GUILLEN. Pues que ¿no conoceis, señores, su carácter áspero é indócil? no habeis echado de ver su orgullo y petulancia? luego trataria al primero de los ricos-homes como al último pechero. ¿Querríais ver hollados un dia vuestros fueros, privilegios y esenciones? Hasta ahora, caballeros, el Rey es poco, nosotros mucho; pero si el de Atares ciñe la corona, el Rey lo será todo, nosotros nada.

LIZANA. En verdad que no habíamos dado en ello.

ÍNIGO. Medrados estariamos entonces. No tardarian mucho nuestros vasallos en romper el yugo, y aun escupirnos en la cara.

FORTUN. Eso, D. Inigo, será mas ó menos cierto segun la opresion en que se les haga vivir.

GUILLEN. El pechero siempre es ruin.

FORTUN. El pechero, D. Guillen, tiene corazon como el noble para agradecer el bien y detestar la tirania; pero dejemos eso. ¿Cómo se vence el inconveniente de ser sacerdote?

GUILLEN. Alcémosle nosotros Rey que el papa hará lo demas.

ÍNIGO. Pero acostumbrado D. Ramiro al claus-
tro por toda su vida ¿qué entenderá del arte
de reinar en unos tiempos tan difíciles y re-
vueltos? ni cómo sabrá regir un tronon, blan-
dir una lanza, ni conducir las huestes en la
batalla?

GUILLEN. Eso, Sr. Inigo, es otro tanto oro.
En lo del reinar le alcionaremos nosotros; y
como la lanza de un Rey es poca cosa, las
nuestras le darán la victoria. Ya veis, seño-

res, que debiéndonoslo todo', forzosamente tendrá que ser generoso... y aun algo corto de vista.

LIZANA. Es verdad; mas ahora nos queda que vencer al partido del de Atares, el cual no estará ocioso.

GUILLEN. No os dé cuidado. Es tan insignificante, gracias á su mal manejo, que no puede contrariarnos; y estos días ha cometido un renuncio que le ha quitado el poco prestigio que tenia.

FORTUN. Y se puede saber?

GUILLEN. Sí. Varios nobles de su devoción se apresuraron á visitarlo para asegurarle de su voluntad y captarse su favor; pero llegaron en mal hora: estaba en el baño y con un recado poco político los despidió sin dejarse ver; por este rasgo de orgullo y de desprecio se convencieron de lo que podian esperar de él, si un dia ceña la corona, y picados del desaire se han pasado á nuestro partido.

FORTUN. En ese caso, señores, veo removidos todos los obstáculos.

LIZANA. Y yo estoy convencido de lo conveniente que es elegir á D. Ramiro.

GUILLEN. Pues bien, Señores, decidid.

TODOS. A D. Ramiro.

GIMENO. (anuncia) Varios Señores.

GUILLEN. Que pasen adelante; no podian llegar á mejor tiempo.

ESCENA VI.

Dichos, Gonzalo, Ferriz.

GONZALO. Besoos las manos, Señores.

GUILLEN. Bien venidos caballeros.

GONZALO. Disimulad sino hemos sido tan puntuales como descábamos.

FORTUN. No es tarde, toda vez que aun nos encontrais reunidos.

GONZALO. Y en que habeis convenido? decidnos si gustais.

LIZANA. Amigos, D. Guillen nos ha hecho ver tan palpables las ventajas que reportaremos en elegir á D. Ramiro, que todos hemos votado por él.

GONZALO. Tambien nosotros encontramos ser el mas ápropósito; con que dad por unido nuestro parecer al vuestro.

LIZANA. Pues en ese caso partamos cuanto antes á Monzon, por que la diligencia es madre de la buena ventura.

D. GUILLEN. Eso, Señores, no será sin que me acompañeis antes á comer.

GONZALO. Por nuestra parte os agradecemos el obsequio, pero es imposible: tenemos que llenar un deber muy sagrado antes de ir á Monzon.

FORTUN. A que lo adivino, mi querido Gonzalo. Os habeis comprometido para comer con alguna belleza del tránsito. Eso es muy sagrado, lo mismo haria yo.

GONZALO. ¡Pluguiese al cielo que fuese tan halagüeño el motivo!

FORTUN. *Es algun desafío? Oh!* entonces ya
sabeis que he de ser vuestro padrino. ¡Caram-
bal! si me negaseis ese honor, nunca os lo per-
donaria.

GUILLÉN. *Creo, señores, que deben respetarse*
los secretos ajenos.

GONZALO. *No es un secreto, D. Guillén. Cami-
nábamos amoché para el fin que os es notorio,
si yá distancia de una hora poco mas ó menos
-de este Castillo oímos una voz que gritó con
el acento de la desesperacion «asesinos!»
Nos lanzamos á escape en su socorro, y ha-
llamos un caballero tendido en el camino á
quien acababan de asesinar.*

Todos. *Qué maldad!*

GUILLÉN. *Lástima que no pudieseis coger á los
obradores.*

GONZALO. *No era facil en un bosque tan espe-
so: nos dedicamos como era regular á socor-
reral caballero, sacándole de debajo de su ca-
sionballo para trasladarle donde pudiera recibir
algun socorro.*

GUILLÉN. *Y llegó á tiempo?*

GONZALO. *Por desgracia no.*

D. GUILLÉN. *Entonces es inútil preguntaros
-donde lo depositasteis para mandarle los au-
-másilios que pudiera necesitar.*

GONZALO. *Ni tampoco os lo pudiéramos decir
-por ignorar nosotros mismos el nombre del
caserío en donde lo hemos dejado.*

LIZANA. *Y no le conocisteis?*

GONZALO. *Demasiado. Fortun, preparaos á re-
-ibir una mala nueva. Vuestro bizarro primo*

D. Nuño.

FORTUN. *Mi primo! Ira del cielo! Os juro*

que he de descubrir los asesinos aunque se escondan en las entrañas de la tierra.

GUILLEN. ¡Que fatalidad! y yo pude haberlo evitado: no se puede ser tan generoso.

FORTUN. ¿Y no lo hicisteis, D. Guillen? y le han asesinado á la inmediacion de vuestro castillo? ¡Ah! permitidme que os diga....

GUILLEN. ¿Qué? querriais hacerme un cargo porque teniendo derecho para hacerle caer la cabeza de los hombros, mandé ponerle en libertad?

ÍNIGO. Permitidme, D. Guillen, que os diga, que para tener derecho de quitar la vida á un caballero se necesita muy poderoso motivo.

GUILLEN. Siento revelarlos un hecho tan escandaloso, que yo mismo quisiera ignorar. Anoche instruido D. Nuño de que yo había salido de caza, y fiado en mi ausencia, se introdujo armado ocultamente hasta esta misma estancia, y cogiendo del brazo á Doña Elvira se empeñó en robarla no bastando la resistencia que ella le oponía. Sorprendido por mí, que dí la vuelta mas pronto que pensaba por teneros convocados para esta mañana, me insultó mil veces, me desafió otras tantas, y viendo que yo despreciaba sus furores, trató de asesinarme y si mis criados no llegan tan á tiempo lo verifica, porque yo estaba desarmado. Mirando por la reputacion de Elvira y no queriendo que tuviese publicidad este hecho, mandé que se le pusiera en libertad, con sola la condicion de que no turbase en lo sucesivo el reposo de mi casa. Ved ahora, señores, si hé andado clemente y circunspecto.

FORTUN. En ese mismo relato encuentro mil

inverosimilitudes. Nuño era tan hidalgo como valiente, y jamás hubiera obrado de la manera que suponeis. Cuanto habeis dicho es una impostura, y en presencia de todos os digo que mentís como un villano.

GUILLEN. ¿Y sabeis, D. Fortun, lo que pide esa palabra?

FORTUN. Lo sé y por lo tanto os repito que sois un impostor.

LIZANA. Señores, no estamos en situación de cometer imprudencias.

GONZALO (aparte). Fortun, disimula; yo te lo escojo.

GUILLEN. Y sin embargo se cometen; pero yo les pondré término á su tiempo.—Gimeno.

GIMENO. Señor.

GUILLEN. Anoche y á una hora de aquí fue asesinado D. Nuño: tomarás toda la gente posible del Castillo, y hasta dar caza á los asesinos no te permitirás descanso. ¡Infelices de ellos si caen en mi poder! Colgados de las encinas han de servir de pasto á los cuervos.

Marcha.

LIZANA. No esperábamos menos de vos.

GUILLEN. Esto cumple á mi honor y á la justicia, lo demás después. Ahora os repito que descanséis.

GONZALO. Ya conoceis que nos es imposible. Fortun, vamos.

LIZANA. Nosotros os acompañaremos tambien. Señores, fuera mengua no tributar el último homenaje á un caballero con quien se honraba la nobleza de Aragon.

GUILLEN. Yo iria con vosotros: porque, creedme, le estimaba; pero ya conoceis que la situa-

Cion de mi casa no me lo permite. Pasado ma-
ñana nos veremos en Monzon.

TODOS. A Dios, D. Guillen.

GUILLEN. Buen viage, Señores.

FORTUN. (que se ha quedado el último con inten-
cion). Despues de hacer los funerales á D. Nuño
volveré para ayudaros á buscar al asesino.

GUILLÉN. Cuando gusteís: me encontrareis dis-
puesto á complaceros.

FORTUN. ¿Me habeis comprendido, D Guillen?

GUILLEN. Si por Dios, Fortun.

FORTUN. A muerte, D. Guillen, á muerte.

GUILLEN. ¡Ai de vos sí, á muerte.





ACTO TERCERO.

LA HUIDA.

Un panteon; sepulcros á derecha é izquierda y un altar de la virgen al frente. Está alumbrado pór una lámpara.

ESCENA PRIMERA.

Elvira.

De rodillas en la tarima.

Elvira. Bendita Virgen Maria,

Astro de radiante luz,

Por el arbol de la cruz

Socórreme en mi agonía.

Duélete de mi quebranto,

Señora, que soy muger;

Y me siento fallecer

En esta mansión de espanto.

Dadme, Señora, valor

Para que en trance tan fuerte

Sufra mil veces la muerte

Antes que perder mi honor.

Muera si es tu voluntad;

Pero guarde mi ataúd

Sin mancilla mi virtud

Por toda la eternidad.

(Abren la puerta.) ¡Socórreme, Virgen Maria!

»

ESCENA II.

Elvira, Gimeno.



Este se coloca en medio de la escena con los brazos cruzados y la cabeza iuclinada al pecho.

GIMENO. ¿Señora? ¿señora?

ELVIRA. ¿Que me quereis?

GIMENO. (Aparte. No acierto á hablarla).... Una gracia.

ELVIRA. ¡Una gracia! Vos que sois mi carcelero, me pedís á mi una gracia?á mí, muger infeliz, abandonada de todo el mundo, y condenada á vivir entre los muertos?

GIMENO. Y sin embargo vuestro carcelero es mas infeliz que vos, porque vuestra conciencia está tranquila; y si vos señora muriereis en este momento se abrirían las puertas del cielo para recibiros, porque habeis sido un ángel en la tierra; y yo no encontraria abiertas mas que las del infierno, porque he sido el ciego instrumento de un perverso, estoy cubierto de crímenes, y....

ELVIRA. ¡Acaba, miserable! qué me vienes á anunciar?

GIMENO. (dobra la rodilla) ¡Perdón, Señora!

ELVIRA. ¡Desgraciada de mí! Te comprendo, sí. He oido decir que el verdugo pide perdon á la víctima antes de sacrificarla, y tú me lo pides á mi porque vienes á asesinarme. Sí no hay duda: te veo la daga en el cinto, y dudas y tiemblas porque vas á cometer un crimen horroroso ¡muy horroroso!

GIMENO. Ah! no: no es eso. (entre en el acto)

ELVIRA. Dios mio, Dios mio, misericordia!

GIMENO. Señora, tranquilizaos (va á cerrar la puerta.)

ELVIRA. ¿Porque cierras esa puerta? ¡Cruel! ¿qué te ha hecho esta infeliz muger? y no me tendrías compasion? y no temerias el castigo del cielo?

GIMENO. Señora, os repito que nada temais. (la vuelve á dejar abierta.) Cerraba la puerta porque si D. Guillen oyese nuestra conversacion todo estaba perdido; y la daga que traigo al cinto lejos de ser para vuestro daño es para vuestra salvacion. Armaos de valor: ahora aun que D. Guillen quisiera atropellaros ya no estais indefensa: tomadla.

ELVIRA. (la toma y la besa.) Gracias, gracias, Gimeno; Dios mio, ya puedo haceros el sacrificio de mi vida para conservar mi honor!

GIMENO. Nunca tal cosa; Señora. Si os vieseis en un apuro, clavadla en el pecho de vuestro opresor. Pero no será, porque yo quiero salvros aun á costa de mi vida, y lo conseguire.

ELVIRA. Pues bien decidme ¿de qué modo?

GIMENO. No lo sé bien, Señora; pero tened esperanza: acaso antes de un dia, tal vez de una hora...

ELVIRA. Y cómo quereis que mefie de vos? Cómo habeis podido olvidar que aun no hace dos dias me vendisteis, y que me habeis hundido en la mayor desgracia?

GIMENO. Teneis razon, Señora: nadie debe fiar- se de un traidor. Pero basta de crímenes ¡os lo juro! Gimeno ha cometido ya el último y el solo desea vuestro perdon; porque os ha hecho mucho daño y porque vos podeis apartar de mi garganta el hacha del verdugo.

ELVIRÁ. Me horrorizas, Gimeno: tus palabras
hielan toda mi sangre en las venas. Ese últi-
mo crimen que tanto te espanta no es el que
has cometido contra mí, no. Os conozco ¡bár-
baro! habrás asesinado á D. Nuño? Dí—res-
ponde.

GIMENO. (aparte ¡qué tormento!) ¿Quién?...yo...
no. (se mira la mano con espanto.) mi mano no
esta manchada con su sangre.....

ELVIRÁ. Pues bien ¿qué ha sido de él? ¿dónde
esta? porque tu debes saberlo.

GIMENO. (aparte ¡qué tortura!) Acaso.... tal
vez..... No sé.

ELVIRÁ. ¡No lo sabes infeliz! ¡y tiemblas y te
enmudeces, y al oír su nombre te horrorizas?
¡monstruo! ¡por cuánto, dí, has derramado
a aquella hidalgía y preciosa sangre? ¿No sabías
que por conservarla te hubiera yo dado todas
mis riquezas, y vertido hasta la última gota de
la mia? ¡Y te atreves á demandarme perdón?
¡y me ofreces para salvarme tu mano teñida
con la sangre de mi Nuño? (mira la daga, se es-
tremece y se tapa los ojos.) ¡Qué horror!! Tal
vez la misma daga que ha desgarrado su pe-
cho!! (la arroja.)

GIMENO. Señora, moderaos por vuestro mismo
bien. Perdonadme.

ELVIRÁ. No, no lo esperes: véte: huye de aquí:
tu vista me hace daño.

GIMENO. ¡Dios mio! para qué mas castigo que
la maldicion de la virtud y el desgarrador re-
mordimiento de una conciencia criminal.

ELVIRÁ. ¡Nuño, Nuño, perdoname! ¡Maldita la
hora en que pusiste en mi tu cariño! ¡mi amor
te ha muerto! (vuelta á Gimeno.) ¡Cobardes!

—Porqué no medisteis vuestra espada con la suya?
GIMENO. (con ansiedad) Señora.....

ELVIRA. ¡Le tuvisteis miedo porque era un valiente, por eso le asesinasteis! ¡Cruel!.. queréis que yo viva? ¡y habláis todavía de salvarme? ¡Ah, no! Tu Elvira te seguirá al sepulcro. amante desgraciado! (se oye bajar por la escalera que conduce al panteón.)

GIMENO. Oís, Señora: somos perdidos, disimulad. (Elvira escucha, coge la daga, la esconde, y se apoya del altar.)

GIMENO. (levantando la voz) Perdonad, Señora; pero yo no puedo satisfacer vuestros deseos: nada sé; aunque supiera no quebrantaría la orden que tengo de no hablar con vos mas que lo preciso. (Os falta alguna cosa? (durante esta parte de diálogo D. Guillen ha entrado quedándose de brazos cruzados en la puerta.)

ELVIRA. Nada.

GIMENO. A Dios, Señora; y os aconsejo por vuestro propio interés que trateis á mi Señor como merece. (con intencion; al tiempo de retirarse ve á D. Guillen, se para y le saluda, D. Guillen avanza.)

ESCENA III.

D. Guillen, Elvira.

D. GUILLEN. La llave (Gimeno se la alarga: D. Guillen la toma y señala á Gimeno la puerta, el cual inclina la cabeza y se va.)

D. GUILLEN. (encarándose á Elvira.) A Dios, Elvira.

ELVIRA. ¡Nuevo martirio! ¿Qué proyecto infernal os conduce á mi presencia?

D. GUILLEN. ¿Tanto espanto os causo?

ELVIRA. Sí, D. Guillen; inconcebible por lo grande; y me hariais un favor en retiraros.

D. GUILLEN. Siento no poder complaceros. Ya suponia yo que estariais muy enconada conmigo, porque os habré parecido demasiado severo, y aun si se quiere algun tanto cruel, pero vuestra conducta me ha obligado á ello, bien á pesar mio.

ELVIRA. Empezais por insultarme? ¿qué tiene mi conducta de reprobable? No era libre para elegir el objeto de mi cariño? ¿Querriais que hubiera preferido á un miserable especulador, avaro, inmoral y cubierto de crímenes, al noble, valiente y virtuoso D. Nuño? ¡Nunca! Me habeis martirizado de mil modos, y vuestra rabiña infernal os ha llevado al estremo de hundirme en la mansion de los muertos; pues bien; no doblegareis mi voluntad de hierro.

GUILLEN. (aparte. Lo veremos.) Calmaos, Elvira: vengo de paz y necesito que me oigais.

ELVIRA. ¿Y qué pudierais decir que os justifique á mis ojos? Nada absolutamente: retiraos por favor.

GUILLEN. No será sin que me oigais: y haces cargo que me humillo demasiado. Soy vuestro tutor.

ELVIRA. Es falso. Os apoderasteis de mi persona y bienes por la desgraciada muerte de mi padre, vos solo sabeis el cómo; porque yo lo ignoro y en verdad que daria la mitad de mi vida por aclarar ciertas sospechas.

GUILLEN. Estais invencionera por vida mia y,

creedme, no he venido á este lugar para escuchar necesidades. Os repito que soy &. &.

Os repito que soy vuestro tutor y que por consiguiente vuestro enlace no debia verificar-
se sin mi consentimiento; no obstante dispusisteis de vuestro corazon en favor de un caballero
pobre y de no gran renombre por sus hazañas:
yo le reprobé como debia; pero como vuestro
amor era muy romancesco necesitaha estar
adornado de la rebeldía, rapto y fuga y asi lo
intentasteis sin miramiento alguno. ¿Y sabeis,
infeliz, lo que hubiera quedado al poco tiempo
de ese sublime amor si yo no le hubiera corta-
do las alas? el hastio, el desprecio, la miseria
y el abandono; porque vuestro amante no hu-
biera olvidado jamas la facilidad con que os ha-
biais puesto en sus brazos: con vuestros intere-
ses se hubiera dado el rango que apetecia: pe-
ro una vez disipados, hubierais sido á sus ojos,
solo la muger facil que le afrentaba; y desgra-
ciada, aborrecida y abandonada en un rincon
de una aldea hubierais llorado por todo el res-
to de vuestra vida vuestra ciega credulidad.

ELVIRA. D. Nuño tenia una alma pura; la mal-
dicion del cielo no pesaba sobre su cabeza por
sus execrables delitos; no abrigaba tan bastar-
dos sentimientos, conocia mi virtud y me hu-
biera amado siempre, trayéndome aquellos pre-
ciosos dias de paz y ventura, que huyeron de
mi con la muerte de mis tan queridos como
malogrados padres; porque, lejos de conside-
rarme como una liviana y antojadiza doncella,
me hubiera mirado como á la huérfana infeliz
perseguida y acosada por un hombre miserable
que pretende abusar de mi desgraciada posicion.

GUILLEN. Ilusiones de una imaginacion febril, las cuales nunca hubierais visto realizadas: al paso que si, conociendo vuestro propio interés, consentis en unir vuestra suerte á la de un hombre á quien tanto insultais y á quien os complaceis en pintar contan feos colores, y tan sin razon, sereis la esposa mas querida, la mas obsequiada, la principal Señora de Aragon y el mas bello adorno de su corte; porque si Elvira depone su rigor y consiente en hacerme feliz, ¿que pedirá á D. Guillen que no se apresure á concederselo?

ELVIRA. Cesad. Solo la petulancia, la falsia y la impiedad á que estaís tan avezado os prestarian atrevimiento para requerirme de amores en este sagrado y pavoroso lugar, con un corazon emponzoñado y las manos teñidas en la preciosa sangre de D. Nuño.

GUILLEN. Maldicion! porque ese nombre fatal está siempre en vuestros labios? ¿Sabeis, Señora, que es palabra de esterminio? No habeis experimentado bastante que al pronunciarla me despedazais el corazon y me lanzais al precipicio? Si comprendieseis bien lo que son los celos! ¡Ah! os asustariais de haberlos provocado, y se os erizaria el cabello al verme en vuestra presencia; porque yo seria mas que un hombre, seria un ángel si poseyera vuestro corazon; pero cuando haceis alarde de ese amor indiscreto, soy menos que un hombre, soy un tigre que todo lo despedazaría hasta mis propias entrañas.

ELVIRA. Y sin embargo no os las despedazaréis. Os conozco, D. Guillen; teneis la serenidad del criminal y no os cuesta mas hacer un papel que otro. Vuestra pasion dominante es el interés, y

os hallais muy á placer disfrutando mis estados,
los cuales sentis á par de muerte que se os es-
capen de la mano, porque aumentan vuestro
poder é influencia en la Corte; pero aunque ese
amor fingido fuese verdadero y estuviese en
vuestro corazon y no en vuestra cabeza, ja-
mas seria Elvirala esposa del cobarde que ha
asesinado, al valiente, al noble, al generoso
D. Nuño.

GUILLEN. Insensata ¿quién te presta aliento pa-
ra desafiar mi poder? Mira, mira en torno de tí.
Todo está mudo, todo está muerto; frios sepul-
cros, cenizas heladas y nada mas tienes que te
defienda. Sabes, infeliz que á pesar de que mi
amor esté como has dicho solo en mi cabeza,
he derramado una lágrima por tí? ¿y sabes lo
que es una lágrima de un guerrero? no es el
pueril desahogo de una tierna virgen, no la es-
presión del superficial sentimiento del doncel
que la enjuga la brisa al rozarla, no; es la lava
de un volcan que inflama el corazon, lo destru-
ye y lo pulveriza ¿y te atreves á despreciarme?

ELVIRA. Pues á ese guerrero que ha derramado
una lágrima fatal, á ese hombre tan podero-
so qué, sin duda por un exceso de generosidad,
asesina á los caballeros que son mas valientes
que él y no se atreve á medir con ellos su es-
pada, tiene esta débil muger resolucion para de-
cirle: asesino, no y mil veces no; la muerte, si
y mil veces si.

GUILLEN. ¡Desgraciada, tu me precipitas! Lla-
ma, llama en tu socorro y solo te responderá el
eco de los sepulcros; que venga tu Nuño á sal-
varte desde el otro mundo, que te arranque
ahora de mi poder.

ELVIRA. ¡Bárbaro, tente ó me parto el corazón.

-(D. Guillen retrocede espantado y al mismo tiempo se oye estrépito detrás del altar.)

UNA VOZ. ¡Impio! ha llegado tú hora.

Elvira cae de rodillas en la tarima.

ELVIRA. Misericordia.

GUILLEN. Ah, no...no... (huye despavorido.)

ESCENA IV.

Elvira, Gimeno, Blanca, Inés,

Salen detrás del altar, cubiertos los rostros; Gimeno y parciales: Blanca é Inés corren y se arrojan á los brazos de Doña Elvira, y Gimeno á cerrar la puerta.

BLANCA é INÉS. Señora.

ELVIRA. ¡Inés! ¡Blanca! (se abrazan).

GIMENO. Silencio, Señoras; marchemos.

ELVIRA. (dudando.) Pero...

GIMENO. Os comprendo; Señora; nada temais. No mireis la mano de donde os viene la salvación; aceptadla ó seremos todos víctimas de la venganza de D. Guillen si vuelve de su estupor; porque yo no me atrevería á asesinarle.

ELVIRA. Vamos, Dios nos proteja.





ACTO QUARTO.

EL JUICIO.

Salon régio con el trono descubierto, y á la izquierda
y mas abajo una mesa de despacho y un sillón.

ESCENA PRIMERA.

D. Ramiro, Lizana.

El primero sellando unos pergaminos, el segundo á su
lado de pie.

D. RAMIRO. Mucho opriime las sienes la corona;
pero es preciso cumplir la voluntad de Dios.

LIZANA. Y quién la podia ceñir mejor que V. A?
Desde que sois rey no habeis hecho diferencia
de la noche al dia; siempre se os encuentra
ocupado en los asuntos del reino.

RAMIRO. El pueblo, Lizana, duerme en la con-
fianza dc que el monarca vela; es preciso no
engañar su creencia.—Harás que marchen estas

comunicaciones á su destino; aunque mucho temo que no nos ha de bastar el buen consejo, y que tendremos que apelar á las manos.

LIZANA. Vos no provocais la guerra, Señor: habeis ceñido la corona por la voluntad general de vuestros pueblos, y por vuestro incontestable derecho.

RAMIRO. Nada mas cierto; y aunque apetezco la paz de todo corazon, si me arrojasen el guante, lo recojeré con valor, y trataré de humillar su orgullo.

LIZANA. Mucho lo habrán de mirar antes de arrojarte; porque deben haber aprendido, bien á su pesar, que la lealtad aragonesa es incorruptible, y su valor indomable.

RAMIRO. Y sin embargo no es difícil que me crean débil y desaconsejado; pues supondrán que la mano de un monge no será bastante fuerte y diestra para regir el reino; pero con la ayuda de Dios y la vuestra yo trataré de sacarles de su error.

LIZANA. La mia, Señor, aunque pequeña, porque ya soy viejo, no os ha de faltar; pues á decir verdad, aun no se me cae la lanza de la mano.

RAMIRO. Un rey necesita de la cabeza de los ancianos para el consejo, y del brazo de los jóvenes para la batalla. Ya veis, Lizana, que estáis colocado en vuestro puesto.

UU CRÍADO. Señor?

RAMIRO. Decid.

CRÍADO. Una dama noble pretende con instancia hablar á V. A.

RAMIRO. Que entre.

LIZANA. No os permiten un momento de descanso.

RAMIRO. Haceos cargo, Lizana, que debe interesarla mucho hablarme, cuando no la contienen ni su seco ni las consideraciones al trono, y fuera crueldad el no escucharla. Retirad.

ESCENA II.

D. Ramiro, Elvira,

cubierta con un velo.

DOÑA ELVIRA. Justicia, Señor.

RAMIRO. Alzad, Señora; que si la teneís yo os la haré muy cumplida.—¿Quién sois?

ELVIRA. Doña Elvira de Vidaura.

RAMIRO. Muy noble alcurnia. ¿Vuestro estado?

ELVIRA. Doncella huérfana y desgraciada.

RAMIRO. Basta para serlo no tener padres. ¿De quién estais agraviaida?

ELVIRA. De D. Guillen, bajo cuya protección dice me dejó mi malogrado padre.

RAMIRO. Poderoso es vuestro enemigo.

ELVIRA. Pero ante la ley, Señor, creo que debé ser muy pequeño.

RAMIRO. Decís bien. Grande debió ser vuestra cuña cuando os ha precisado a huir de su casa.

ELVIRA. Y tan grande, Señor, que ya no me quedaba mas remedio que hacer á Dios el sacrificio de mi vida para salvar mi honor.

RAMIRO. En verdad, Señora, que la conducta de D. Guillen es muy reprobable; pero ¿estais bien segura de lo que decís? sabéis cuán gran delito sea sorprender el ánimo de un rey?

ELVIRA. ¡Ah Señor, jamas ha manchado mi labio la mentira!

RAMIRO. Así lo creo de una dama de calidad
(toca una campanita)

CRIAZO. Señor.

RAMIRO. Llamad á Lizana.—Señora, el rey os acoje bajo su protección; y si D. Guillen es criminal, aunque sea el primero de los infanzones de mi reino, no podrá apartar de su cabeza la espada de la justicia.

ELVIRA. Gracias, Señor.

ESCENA III.

D. Ramiro, Lizana, Elvira.

LIZANA. Señor?

RAMIRO. A vuestras canas y prudencia fio á Doña Elvira de Vidaura.

LIZANA. A Doña Elvira?

RAMIRO. Qué! la conoceis?

RAMIRO. ¿Si la conozco, Señor? Es la infortunada pupila de D. Guillen: su padre fue mi amigo y el mejor caballero de su tiempo, tan prudente en el consejo como valiente en la batalla: ved si recibiré con gusto tan precioso depósito.

ELVIRA. Gracias.

RAMIRO. Estoy contento de haberos proporcionado ocasión de prestar este servicio á una antigua amistad. Señora, en este momento no puedo ocuparme de vuestro asunto; pero contad que lo haré en breve. Lizana, voy á vestirme para recibir la nobleza: avisadme cuando se halle reunida (vase).

ESCENA IV.

Dichos, menos el rey.

ELVÍRA. El cielo bendiga á V. A.

CRÍADO. Un caballero quiere hablaros para un asunto muy urgente (*Elvira se cubre con el velo*).

LIZANA. Pues Señor está visto que en palacio es necesario ser de bronce. Retiraos Señora á esa estancia hasta que le despache, y luego os presentaré á mi esposa para que os proporcione los cuidados y descanso de que estareis bien necesitada. Que entre. (*La acompaña hasta la puerta y vuelve á la escena*).

ESCENA V.

NUÑO. A Dios, mi buen Lizana.

LIZANA. Bien por Dios; ¿Quién diantre os trae aquí ahora?

NUÑO. Quiero hablar al rey.

LIZANA. Bajad la voz: no puede ser; ya le hablareis mas tarde: á Dios.

NUÑO. Imposible: no puedo perder un momento: necesito prevenir á S. A. antes que llegue D. Guillen. Nada he podido saber de mi Elvira y es necesario que no salga ese malvado

de palacio, sin que manifieste su paradero.
¡Infeliz! ¿qué habrá sido de ella?

LIZANA. Eso, si; alborotad en la cámara de S. A. como si estuvieseis en vuestra casa (aparte: Si Elvira le oye tenemos un azar). Os repito que no puede escucháros en este momento.

NUÑO. ¡Qué calma! ¡Sabeis, Lizana, que contaba mas con vuestra amistad!

LIZANA. ¿Y por qué no? (aparte). Es necesario decírselo). Sabeis que yo he sido mas feliz: tengo noticia de donde se halla Doña Elvira y que se encuentra buena en cuanto puede estarlo una infeliz que os creé muerto.

NUÑO. ¡Ah! Con que sabeis el paradero de mi Elvira! ¿por qué me lo ocultabais? Decídmelo, pronto.... ¿dónde está?

LIZANA. Si no os conteneis no os digo una palabra mas.

NUÑO. Bien como querais; pero hablad: no me desespereis.

LIZANA. ¡Qué torbellino! Elvira no corre riesgo alguno: el rey se encuentra enterado de todo y la ha recibido bajo su protección ¿que mas podeis desear?

NUÑO. Luego está en palacio: yo quiero verla: necesito hablarla: la infamarán en presencia de S. A., y es necesario que sepa que vive su Nuño para defenderla. ¡Elvira! (yendo de una parte á otra). ¡Elvira!

LIZANA. ¡Callad! ¿estais loco?

ESCENA VI.

Dichos, Elvira.

ELVIRA (á la puerta). ¡Dios mio! es su voz.
(reconoce la escena) Si, el es? D. Nuño. (Se precipitan el uno en los brazos del otro.)

Nuño. ¡Elvira mia! (Elvira se afecta y cae en los brazos de D. Nuño.)

Lizana. ¡Bravísimo! os habeis lucido.

Nuño. ¡Que desesperacion! siempre la soy fatal ¡Elvira, Elvira mia!

Lizana. Nada ¿y ahora qué hacemos? en lindo compromiso nos habeis puesto.

Nuño. Vuelve en ti ¡Elvira! mírame.

Elvira. (volviendo en si.) Nuño! (le mira con desconfianza) ¿es verdad que eres tu?

Nuño. Sí: tu Nuño que no se apartará ya de tu lado.

Lizana. ¡Gracias á Dios que hemos salido del apuro!

Elvira. ¡Ahi! no te han muerto, pero te han herido ¡Infames!

Nuño. No te dé pesadumbre. Yo bendigo una herida recibida por tu amor y que me hace mas digno de tu cariño.

Elvira. Si, pero yo nunca perdonaré al que ha derramado tu sangre.

Nuño. Ni yo al que te ha causado tantos tormentos.

Lizana. Basta, Señores, de niñerías: dentro de un instante llegarán los nobles para hacer ple-

tesía á S. A., quien no tendría gusto por cierto de que nos encontrasen aquí. (*Salid*).

NUÑO. ¡A dios, Elvira mia! (*se dan la mano*.)

ELVIRA. A dios, mi D. Nuño.

CRÍADO. La nobleza.

LIZANA. Y bien ¿estais contento? ¿por dónde salis ahora? seguidme: dejaré á Doña Elvira con mi esposa y os presentaré á S. A. para que te informes, aunque de paso. DETRO DE UN SISTEMA

NUÑO. Lizana; si antes deseaba hablar á S. A. era por saber el paradero de mi Elvira. Ya la he hallado. Un noble venga sus ofensas con la espada; pero no se queja al Rey: proporciónadme la salida y nada mas.

LIZANA. Decis bien. (*Al criado*) Que entre. (*vanse*)

ESCENA VII.

Gonzalo, Fortun, Íñigo, nobles.

Entrá la nobleza que se esparce en grupos quedando mas cerca de la embocadura el grupo de Gonzalo: Fortun, Íñigo.—Se oye gritar al pueblo en la plaza, *Viva D. Ramiro! viva.*

Íñigo. Muy contento está el pueblo con el nuevo rey.

GONZALO. El pueblo siempre fué amigo de novedades y todo lo nuevo le place.

Íñigo. (*á Fortun*.) Por Dios que no creíveros aquí.

FORTUN. Es la zorra tan manera como cobarde,

y no me ha querido esperar en su madriguera;
pero por Dios que delante del mismo rey le he
de tirar el guante á la cara.

GONZALO. Mal hæreis, Fortun; porque creo que
el rey no gusta de demasias.

FORTUN. ¿Y que otro medio queda con un inso-
lente y cobarde caballero, que despues de ad-
mitir un reto esconde la cara?

ÍÑIGO. Teneis razon: ¿sabeis que me tiene con
cuidado vuestro primo?

FORTUN. A mi tambien: ¡Separarse de nosotros
sin decir nada, solo y tan débil aun!

GONZALO. No es extraño; arde en deseos de
vengauza.

ÍÑIGO. Si; pero ya puede estar escarmentado y
conocer á D. Guillen.

FORTUN. Mal caballero á fe mia; ¿sabeis Gon-
zalo que anduvisteis muy discreto en decirnos
en la junta que Nuño era muerto?

GONZALO Por la esplicacion de Nuño, conocí
que el autor del asesinato era D. Guillen, y
que si sabia que no era muerto le hubie-
ra hecho espirar hasta lograr su intento. Pero
si mi primo no cae debajo del caballo lo pasan
mal, porque ya sabeis que tiene manos y co-
razon.

FORTUN. Muy util hubiera sido para salir de dudas.

ÍÑIGO. Mirad, Fortun, ya entra vuestra zorra.
Que orgulloso y que vano.



ESCENA VIII

Dichos, D. Guillen.

(Entra D. Guillen con aire altanero: todos le saludan
menos el grupo que habla.)

FORTUN. Pues no se ha de escapar ahora sin
que le diga dos palabras al oido.

GONZALO. Mirad lo que haceis.

FORTUN. (se acerca á D. Guillen.) Sabeis D.
Guillen que por no haber cumplido vuestra pa-
labra, me habeis hecho rebentar mi mejor cabal-
lo en busca vuestra?

D. GUILLEN. Si no es mas que ese el perjuicio,
tomad uno cualquiera de mi caballeriza, que
siempre valdrá mas que el vuestro.

FORTUN. Fortun no ha menester de los caballos
de D. Guillen; lo que necesita es que D. Guillen
sea mas cumplido caballero, y que cuando
acepta un reto, no se oculte cobardemente.

GUILLEN. Si D. Guillen no tuviese otros asun-
tos mas importantes que dar una lección al in-
solente Fortun, ya la tendría recibida.

FORTUN. Pues bien ya que nos encontramos
reunidos espero que dejareis por un momento
esos importantes asuntos, y en saliendo de pa-
lacio os dignéis darme esa lección que tanto
apetezco.

GUILLEN. Quedareis servido; pero os aconsejo
que si tenéis algo que arreglar.....

UN REY DE ARMAS.... *El Rey.*

ESCENA IX.

Dichos, el Rey, Lizana, acompañamiento.

(D. Ramiro saluda á los nobles que le vuelven el saludo, y se sienta en el trono.)

D. GUILLEN (saliendo al medio de la escena.) Señor: la nobleza de Aragon, que á ninguna cede en valor y lealtad, representada por los caballeros que veis en torno vuestro, os jura por su Rey, y al haceros pleitesía promete acudir ossiempre que lo hubiereis menester con su lanza y sus vasallos y derramar su sangre en defensa vuestra. Viva el rey D. Ramiro.

TODOS. ¡Viva!

(El pueblo en la plaza repite los vivas.)

RAMIRO. Yo agradezco á tan esforzados caballeros esos nobles sentimientos que dicen tan bien con su lealtad, y prometo á mi vez recomendar sus servicios y hacerles justicia. Ahora aunque lo sienta, por que no veo en la guerra sino la ruina del país, os anuncio que tenemos que trocar las galas de la corte por los arneses de lidiar. Aprestad vuestra gente y Dios sea en nuestra ayuda.

D. GUILLEN. Por mi parte he de acudirlos con mil peones y cien lanzas mantenidas á mi costa.

FORTUN. Todos señores como buenos es acudimos con el mayor número posible.

RAMIRO. Así lo esperaba de vosotros.

D. GUILLÉN. Pues si V. A. nos dá su permiso partiremos á levantar el pais para que el enemigo no nos halle desapercibidos.

D. RAMIRO. Esperad (*hace una seña á Lizana.*) Habiendo salido, SS., del retiro y la oracion para ceñir la corona, necesitaré de que me ins truyais en el arte de reinar, y para la primera lección os he elegido á vos D. Guillen.

D. GUILLÉN. Y porque Señor á mi mejor que á otro.

RAMIRO. Eso os lo diré mas tarde. ¿Conoceis á Doña Elvira de Vidaura?

GUILLEN. Por mi desgracia.

RAMIRÓ. Me ha demandado justicia contravos.

GUILLÉN. Pero tan sin razon, como que yo soy quien debe ejercerla con ella y con los cómplices de su fuga.

RAMIRO. Ved que hay rey en Aragon ¿Sabeis el motivo?

ESCENA X.

Dichos y Lizana, Elvira, Blanca, Inés, Gimeno y otro que se quedan mas abajo del trono, y á la izquierda.

Elvira dobla la rodilla delante del rey.

GUILLEN. Si dije que sin razon, mal puedo saber el motivo.

RAMIRO. Alzad, Señora, y decid vuestra queja sin que os turbe el esplendor del trono, por-

que sus rayos solo hieren á los criminales.

ELVIRA. No encareceré Señor los favores que D. Guillen recibiera de mis padres; sin embargo que ellos fueron tantos que bastaran á labrar un eterno agradecimiento en un pecho que no fuera de bronce. Creyólo así mi padre, y á su muerte misteriosa me dejó bajo su custodia y amparo; muy creido de que, como amigo que traidoramente se llamaba, velaría por mi felicidad. En la suya pensaba solo el malvado D. Guillen; porque bien hallado con mis cuantiosos bienes, que aumentaban su poder y su influencia en la Corte, apenas tuve edad para ello, empezó á sondar mi corazon, requiriéndome de amores, y como yo me negase á sus deseos encerróme en su castillo de Loarre y ensayó en mi todo género de tormentos.

D. GUILLEN. Señora....!

D. RAMIRO. (á D. Guillen.) Tened la lengua. (A Doña Elvira) Continuad.

DOÑA ELVIRA. Un dia pidióle mi mano D. Nuño y despidióle cual no convenia á hidalga y bien intencionada persona; acreció su furor, y redobló mis martirios hasta un punto que no se hicieran sufrir mayores al mas odioso criminal. Por fin, Señor, pocos dias ha que D. Nuño se resolvió á sacarme de mi prision para realizar nuestro matrimonio; pero el infeliz cayó en la celada que el mismo D. Guillen le armó para perdernos. Si Señor, le hizo asesinar y encerrándome en el Panteon del Castillo llevó su perversidad al extremo de querer concluir con mi vida ó con mi honor, si no me hubieran salvado sus mismos cómplices.

RAMIRO. Oido la habeis: contestad.

D. GUILLEN. A un caballero que tamañas im-
posturas hubiese proferido, le contestaria D.
Guillen con la punta de la espada; pero á una
muger envilecida, tan solo con el desprecio.

RAMIRO. Yo os lo mando.

D. GUILLEN. Ya que así lo quereis, diré que
al poderoso D. Guillen le sobran estados para
no tener que mendigar los agenos: que el re-
querirla de amores nunca fuera delito aunque
fuese cierto; pero es falso. Si la encerré en el
Panteon, tanto vale un Panteon como una ce-
pilla, porque en él tenía soledad, un recuerdo
de la nada, y en un altar una Virgen, para que
como doncella liviana y antojadiza se arrepin-
tiese de su escandalosa conducta, y se recon-
ciliase con Dios y con los hombres. Me echa
en cara la muerte de D. Nuño; y miente por la
fé de caballero. En mi poder estaba, y para ha-
cerle pagar caras sus demásias no necesitaba
D. Guillen más que sus fueros ó su espada. Si
murió téngale Dios en la gloria: no hubiera an-
dado á deshora turbando el hogar ageno é in-
tentando crímenes escandalosos y hubiera cor-
tado el azar. Ademas, Señor, D. Guillen no
debe ser responsable de que haya bandidos en
sus tierras, como V. A. no lo es tampoco de
que los haya en el reino.

RAMIRO. ¿Porqué no le disteis á D. Nuño sus
criados para que le acompañaran?

D. GUILLEN. Yo mandé que fuesen puestos en
libertad.

RAMIRO. Pero tarde; Y esos testigos?

D. GUILLEN. Pecheros, cómplices de su delito
comprados con oro que desprecia D. Guillen
y rechazan nuestros fueros.

ELVIRA. ¡Ah Caballeros! siellosno me valen, al
juicio de Dios apelo!

D. GUILLEN. Y quien será el osado que recoja
el guante á D. Guillen (*lo arroja.*)

FORTUN. (*Se adelanta*) Yo.

UGIER. (*anunciando*) Un caballero.

ESCENA XI.

Dichos, Nuño.



NUÑO. (*entra precipitado y saluda al rey.*) Esperad, Fortun. D. Guillen! aun vive D. Nuño.
(*Fortun le cede el guante.*)

RAMIRO. Tened SS. El guante de un caballero le
alza otro caballero; el guante de un criminal
lo levanta el verdugo. D. Guillen conoceis á
esos hombres? son vuestros escuderos y el uno
fué encargado del asesinato de Vidaura, y el
otro del de D. Nuño.

ELVIRA. ¡Padre mio! Monstruo, bien me lo pre-
decía el corazon!

GUILLEN. ¡Los traidores! Me han vendido.

RAMIRO. Si: no han podido resistir al grito de
su conciencia.

ELVIRA. Clemencia por ellos, Señor: les debo
tal vez la vida.

BLANCA. (*de rodillas*) Señor, piedad.

RAMIRO. Si, la tendré. Les concedo la vida, y
solo la vida, en méritos de haberos salvado SS.
el juicio de Dios no está en la punta de la es-
pada sino en la administracion de recta justicia;

y D. Ramiro promete que delante de ella, así caerá la cabeza del mas noble infanzón como la del último pechero.—D. Guillen mañana al cadalso (se apoderan de él los guardias.)—D. Nuño dad la mano á Doña Elvira.

—otuldes es (chamarrado) —Gentil

IX ACTO

FIN DEL DRAMA.



